

## *Data Liano: La vida insensata y otros cuentos* Guatemala. Ed. Piedra Santa, 1987

En esta colección de cuentos el escritor, va a presentar unas narraciones de gran originalidad, si bien siguiendo la tradición escrituaria de la narrativa hispanoamericana de las últimas décadas; motivo por el que en su voz se perciben ecos de escritores como Roa Bastos o temas tan llamativos como la aparición del otro, tan querida para Borges, tema así mismo favorito de Octavio Paz.

Haciendo acto de presencia la vena lírica, surge, sorprendente, el asombro de lo cotidiano que se transforma al punto de adquirir connotaciones de perversidad, por cuanto se manifiesta como extraordinario a través del lirismo, si bien, dentro de un mundo real. Sin embargo, no hay realismo mágico, ni idea de realidad maravillosa, ni fantasía, sino realidad opresiva, angustia de hombres reales agobiados de cotidianidad, encerrados opresivamente en hechos ciertos.

Todo ello como logro de la asociación —que nos lleva al territorio del surrealismo, entre irrealidad —subjetividad— y mundo referencial, las narraciones desde el primer momento se transcriben en sus dos aspectos de verdad: la realidad que otros ven, enfrentada a la realidad personal, descritas ambas a través del psicorrelato y del monólogo interior. Diferencia que, incluso, viene marcada por signos gráficos como el paréntesis o el tipo de letra, así como por la utilización de dos recursos narrativos dependientes de las voces del relato: el monólogo interior y el narrador omnisciente e impersonal, con lo que la tragedia subjetiva se convierte en auténtico e impotente drama. El drama, por su parte, provoca que el decurso del pensamiento cobre aspectos de logicidad, pese a su apariencia ilógica. Es decir, la realidad de la tragedia convoca en su apoyo a todo un universo referencial y documentado. En este mismo aspecto el narrador se convierte ya no en cómplice sino en tirano, como si quisiera dejar patente la realidad de un sistema irreconciliable: el mundo y el yo.

Los relatos son relatos de víctimas que actúan en un mundo absurdo en el cual están de más, o son inútiles, como si su aparición en la tierra fuera obra de una casualidad desordenada e incoherente, aparición que no tiene causa ni origen (no habla de un dios de creaciones caóticas), sino que simplemente se constata que, curiosamente, por su materialidad y frialdad obtiene sentido. De esta manera víctimas y opositores pueden ser intercambiables en sus papeles en cualquier momento. Se podría hablar, tal vez de una afirmación sobre la relatividad del mal que hace absurdo cualquier juicio. Tal vez este sea el motivo de la invalidación de la presumible categoría humana de la ancianita del cuento inicial —donde se nos presentará como víctima— hasta llegar a convertirse en ladrona real (pero cuyo latrocinio se nos presenta, a su vez, como resultado de circunstancias adversas) en «La

famosa familia de doña Julia Cruz», donde lo que resulta injusto en un primer relato —como ya dije el que encabeza el libro— se transforma en ejercicio de la justicia en otro, de manera que las relaciones entre unos cuento y otros se imbrican.

Pese a este, aparentemente, continuo intento referencial, nos encontramos con monólogos interiores subjetivizados y sugerentes de gran belleza: «¿quién me va a oír, después de todo? ¿Quién va a soltar los perros en mi jardín vacío, lleno de piedras, de estalactitas muertas como piedras puntiagudas?». El mundo friamente objetivo, terrible en su realidad, provoca en definitiva la caída moral y con ella la muerte: «Había pasado por ladrona y era ya mucha ofensa. Pero no decir nada, no reclamar a gritos (...), quedar callada». Su descanso es, en definitiva, unidad de desengaños, ligadora de contrarios, consecutora de plenitud: «en plena oscuridad, en plena noche: lucidez. Frase a frase me repito: la laguna es azul, el cielo blanco. Insensata. ¡Oh, venga pronto, la que ha de ser, los cabellos amarillos, montada en potro negro! Establa flotando, como los ojos en el agua, sin sentido, horizontal, completa».

En cualquiera de los relatos, la dificultad para desentrañar el significado de los términos, proviene de la ambigüedad en las atribuciones: el tiempo verbal y el tiempo real se trastocan, así como las distintas voces de la narración, lo que a su vez impide la atribución espacial. Frente a esta situación se enfrenta en un plano espectral la realidad: los hechos ocurren en el transcurso de lo más cotidiano y, en ocasiones, vulgar. Sus personajes son los vecinos, las amas de casa, los indios, los trabajadores, para quienes incluso lo extra-ordinario, pasa a convertirse en un hecho cotidiano, un golpe bajo a las más amplias ambiciones. Por ello, la situación extraordinaria de sus vecinos en «Los tristes ojos de Eva Hart», viene a convertirse en un resultado aparentemente normal, la perversidad y la opresión que, en un principio parecía haber ejercido el Sr. Hart sobre su esposa pasa a resultar un clima sorprendente al final del relato, donde la diferencia entre muerte real o imaginada, es mera opinión sin dato realmente verificable: ¿Es la muerte un hecho material, o es tan sólo la muerte del espíritu? La ambigüedad se plantea de manera que sirva como recurso para definir las creaciones del espíritu como son el tiempo, el espacio o en otros casos, la palabra: «esa palabra se engendra a sí misma peor que una pesadilla conocida». La palabra no se citará, ni se expresará, aparentemente pertenece al acervo humano, es conocida por todos, se puede intuir y en cualquier caso la ambigüedad atrae también a la necesidad o no de conocer.

Junto con estos aspectos surge el concepto de culpa y el concepto de víctima, tan caros a escritores como Vallejo, sólo que en este caso, la pregunta, la ignorancia sobre las causas y el sufrimiento de las consecuencias no aparecen subjetivizados: «lo que he contado me produce desconcierto. Cuando era joven no imaginé que llegaríamos a esto: quisiera saber de dónde viene tanto mal. Qué maldición sin motivo nos anega en sangre y mezquindaz».

La inseguridad procede del desequilibrio, el desequilibrio de un mundo aparentemente absurdo y sin sentido que lleva en sí mismo las raíces de su propia ignorancia: «más que años, soledad; más que derrota, la sensación de no tener dónde agarrarse, de no haber aprendido de la vida, nada, de los libros; menos de los libros, espejo de engaños, mercadería de truhanes, trampa de inocentes y desvalidos». El resultado no puede ser otra cosa que un caos, un terremoto, el mundo no llegará sino a caer en la nada, en el nihilismo total de las destrucciones. Destrucción del espíritu, destrucción de la materia.

En cualquier caso a los cuentos les rodea la muerte como punto definitivo: muerte de escritores, de madres, de ancianas, de hombres «machos», de pueblos,

muerte que no permite diferenciar entre realidad o pensamiento: «Don Benito es un espíritu o tal vez un recuerdo, o tal vez las dos cosas. Lo cierto es que yo lo conozco y lo saludo cuando nos encontramos por el camino que lleva al pueblo. El, que camina despacio, recordando cada paso. Yo, que vivo de sus recuerdos, lo saludo con afecto, aunque no sé bien de su existencia». Y añade: «A él no le importa. Y mientras camina recuerda».

La diferencia entre la apariencia y la realidad es intangible, así, la irrealidad, lo aparentemente supuesto, puede llegar a ser verdad y provocar la muerte, la palabra llama a la realidad, como si fuera un verdadero exorcismo, a cumplirse.

En todos los relatos el elemento de unión es el absurdo, el absurdo de la vida, como el pobre don Benito que no entiende las palabras del Papa. Este absurdo convierte a las víctimas en héroes absolutamente trágicos, son víctimas y son culpables, no tienen ya nada qué decir, ni nada que ofrecer, su constante es el fracaso, aún cuando aparentemente sean vencedores: el hastío y el cansancio ocupa por entero al famoso «escritor nacional», porque ha renunciado a sus principios, ha abandonado la lucha, no le queda sino la resignación en la muerte de sus ideas: «dejó caer una pastilla sobre la palma de la mano y con cierta dificultad se tragó la segura, redonda y blanca abdicación de una aspirina».

En la obra de Dante Liano retomamos de nuevo temas reincidentes en la narrativa hispanoamericana: la causa del mal, el mundo caótico y absurdo, falto de sentido y organización, la aparición de la mezquindad, la búsqueda de un asidero en lo cotidiano, la angustia y el daño de unos a otros, la variabilidad del foco desde el pensamiento interior al pensamiento exterior, sin olvidar una clara presencia del elemento lírico, como concesión del autor a una clarificación de los demonios interiores de cada narrador, cada personaje y cada lector, engañados por su fe en el espacio (que se piensa inamovible) y en el tiempo (que nos seduce con su presente) «No es tu vida lo que ves, y para siempre engañado, creerás ver el pasado. Es el futuro, ahora que tendido y con los ojos cerrados todos creen que duermes» (p. 31). Es el engaño lo que provoca la narración y la desconfianza entre los personajes: engaño de la anciana en la vida insensata, así como engaño a la inversa, como ya he indicado en «La famosa familia de doña Julia Cruz», engaño en la estatuilla al héroe, engaño en el pobre Benito que quiere ver al Papa, porque la verdad, cuando se manifiesta, se rodea de muerte, tal vez porque queda como un grito la frase del narrador: «¡Nunca seremos dichosos! ¡Nunca!».

ROCIO OVIEDO